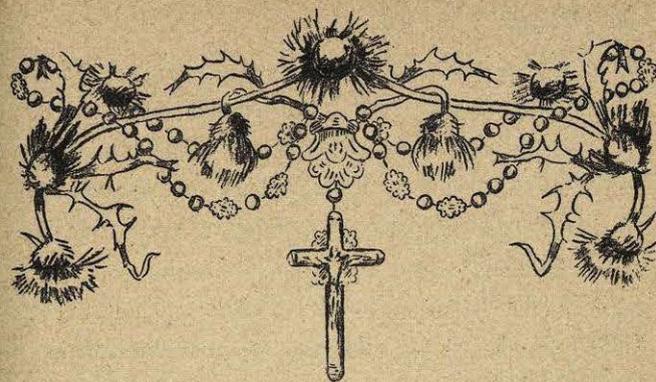


bido el deseo de elevarse hacia Dios. La esperanza de reunirme un día con mi madre es lo que sostiene mi fe en la otra vida. Para merecer esta recompensa, para volver á hallarla en el cielo, he prometido pasar el resto de mi vida entregándome á pensamientos más puros y practicando obras más meritorias que hasta aquí.

Jesús, que ha hecho partícipe de la gloria á su divina Madre colocándola junto á El en el cielo, bendicirá las súplicas de un hijo y de un cristiano.

¡Mística patria de las almas, morada de los justos, mansión gloriosa de luz y de amor! Pretenden algunos que nuestra débil inteligencia no puede comprender en toda su extensión la felicidad que reservas á los elegidos; pero yo, infeliz y humilde pecador, creo haber presenciado el Paraíso, cuando, siendo niño inocente, me quedaba dormido rodeando con mis brazos tu cuello, ¡oh santa madre mía que con tanto amor me criaste á tus pechos!



IX

Recemos

En la mayoría de las iglesias de París, salvo los días de fiesta solemne, es muy escasa la concurrencia de fieles á la misa mayor. A la hora en que ésta se celebra, muchos parisienses duermen todavía: es demasiado larga y los habitantes de la capital tienen muchas ocupaciones. Además, por lo que toca á las mujeres, no hay que olvidar el obstáculo más serio: el tocador. Pero Dios es razonable y no va á exigir que una señora esté lista á las nueve para ir á misa.

Estas poderosas razones explican la escasez de fieles en el oficio divino, aun en las parroquias más fre-

cuentadas. De las diez y media en adelante, en las misas que se dicen tarde, los templos se llenan de bote en bote; pero á las nueve se pueden contar las personas diseminadas en los bancos, si exceptuamos un pequeño y apretado grupo que se va formando junto al púlpito.

Sólo para esos tres ó cuatro ancianos que dormitan en el banco de su cofradía, para las contadas docenas de beatas y sirvientas, para las hermanas del hospicio y sus tiernas asiladas que forman á distancia una móvil masa de cofias, para los mendigos que rezan de pie junto á la puerta con la gorra debajo del brazo, se celebra el oficio divino con toda su pompa y solemnidad. Para ellos ejecutan el celebrante y sus dos asistentes, revestidos de ricos ornamentos, las ceremonias y evoluciones litúrgicas, y los chantres y monaguillos entonan en el coro las majestuosas melopeyas del canto llano, y el gran órgano, dulce y severo, truena, llora, canta, suspira y derrama en torrentes de armonía la unción y el éxtasis de la plegaria sobre las humildes cabezas inclinadas.

Un domingo del pasado Septiembre asistí á la misa mayor. En esa época del año está casi desierto el *faubourg* Saint-Germain. La gente adinerada no ha regresado aún del campo ó de los balnearios marítimos, y en las altas fachadas de cinco pisos escasamente se ve alguno que otro balcón abierto. Por lo que hace á los hoteles aristocráticos, están cerrados todos; sus

dueños se divierten cazando en sus dehesas y cotos señoriales, y ninguna mano se posa en el llamador en forma de anillo que una cabeza de león sostiene en sus fauces de bronce.

Estas ausencias otoñales se dejan sentir en la iglesia los domingos. Nadie ocupa los asientos rotulados de la Marquesa de Tal y la Duquesa de Cual. Sólo se ve gente modesta: criadas, tenderos y obreras. En tales días la Iglesia practica con no menor solemnidad sus ordinarias ceremonias, pues ella es, dígase lo que se quiera, la gran escuela de igualdad. Al recibir á un pariente pobre, los fieros demócratas que predicán la nivelación social absoluta no suelen manifestar gran regocijo ni obsequiarle como si recibiesen á un gran señor. El sacerdote católico, por el contrario, acoge á sus fieles, por humildes que sean, con toda la benevolencia y esplendidez de que es capaz, tratándolos á todos como hijos muy queridos.

Hallábame, pues, aquel domingo en la iglesia y me disponía á rezar. Mas ¡ay! para rezar, no ya con los labios, sino con el espíritu, necesito hacer un verdadero esfuerzo; tan débiles y mezquinos son los restos de mi fe cristiana, que creía perdidos para siempre, y que mis padecimientos han venido á reanimar. Mi fe es como un carbón casi apagado, en el que sólo se descubren algunos puntitos rojos; sobre éstos soplo con todas mis fuerzas, para producir otra vez la llama. A cada momento he de arrancar de mi alma,

sumida hasta ahora en la indiferencia, la mala hierba de



la negación y del escepticismo. Por fortuna mis ojos todavía tienen lágrimas y ellas fecundan este suelo árido, en el que ya despuntan las primeras hojas verdes de la esperanza.

Rezaba, pues, lo mejor que podía, cuando me fijé en una mujer arrodillada cerca de mí. Puesta de codos en el reclinatorio y con la barbilla apoyada en las manos entrelazadas, estaba en la tradicional actitud de ado-

ración; semejante, en su inmovilidad, á una figura de tríptico ó de policromado ventanal. No era joven ni hermosa; pero en su rostro, pálido y demacrado,

había una expresión de pureza y dulzura inefables. Era seguramente una de estas obreras de París, que reemplazan, con el buen gusto de su traje sencillo y humilde, los adornos femeniles demasiado costosos. Sus guantes eran casi nuevos, su vestido le sentaba muy bien y los lazos del sombrero estaban artísticamente colocados. Sin embargo no aparecía en todo ello ni sombra de coquetería. Al contrario, la instintiva y natural elegancia de aquella mujer, quedaba un poco atenuada por su modestia y severa compostura. Se adivinaba fácilmente que, si se había ataviado lo mejor posible, era tan sólo por atención al Señor, para asistir á la misa del domingo.

¡Con qué fervor oraba! No hacía el menor movimiento; pero su cabeza, ligeramente inclinada á un lado, su mirada, fija en el altar, sus labios entreabiertos, como para dejar paso á los piadosos efluvios del corazón, mostraban que su alma tendía en aquellos instantes su vuelo hacia el infinito.

¿Qué le pedía á Dios? A lo sumo le pediría el pan cotidiano, porque no parecía implorar, sino adorar sencillamente. Su muda oración era, sin duda, desinteresada, como todo lo que inspira el verdadero amor.

Sin embargo, parecía pobre, pues no llevaba joya alguna; y debía de estar sola en el mundo, porque nadie había venido con ella á la iglesia. Era probablemente una solterona sin familia.

Yo la imaginaba cosiendo todo el día en su bo-

ardilla, sin más horizonte que los techos y chimeneas del barrio. Como nó era bonita y había pasado para ella la edad de las ilusiones novelescas, no esperaba ya que un amor compartido, un matrimonio feliz, viniese á mudar su destino. Sí, tal era seguramente su existencia, comparable á un reloj solar en un país brumoso. El pasado lleno de penas, como el de todos los humanos; el presente sombrío y triste, y el porvenir sin esperanzas halagadoras que lo iluminasen. Vida monótona en que debía de ser un acontecimiento el remudar la ramita de boj de la ventana, al llegar el domingo de Ramos.

¡Con qué fervor oraba, y cuán feliz parecía sentirse en su oración! No podía apartar mis ojos de aquel fino y delicado perfil, en que parecía cristalizar una expresión de mística beatitud, ni de aquellos labios entreabiertos por una tenue y extática sonrisa. No, aquella mujer no le pedía nada á Dios, seguramente. Hacía tiempo que había aceptado con resignación su vida de estrechez y de trabajo. No, nada pedía para esta vida. Pero con la sublime confianza de los corazones sencillos, esperaba una vida mejor, una felicidad eterna; y esta esperanza la hacía ya gozar por adelantado, mientras los acordes del órgano y las emanaciones del incienso inundaban su alma de armonías y de aromas.

¡Oh candorosa fe de los humildes, última fuente de consuelos para el infeliz género humano! ¡Cuán culpable y maléfica tarea la de aquellos que te combaten é

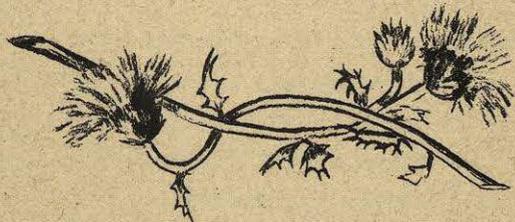
intentan destruirte, y cuán culpable fui yo mismo, al escribir ciertas páginas dictadas por el orgullo y la ironía!

No hace mucho que leí, con amarga tristeza, uno de los últimos escritos de un célebre propagandista del anarquismo. Después de una sátira mordaz, siempre fácil y ya muy manoseada, acerca de la actual organización de la sociedad, nos profetiza este revolucionario utopista—para un lejano porvenir, eso sí, y á cambio de sangrientas convulsiones,—el advenimiento de un estado social en que todos los hombres recibirán equitativamente el alimento del cuerpo y el del espíritu, el pan y la ciencia, y en que todos seremos tan dichosos como es posible serlo bajo el cetro del dolor y de la muerte. He aquí un ideal relativo, á cuyo logro deberíamos todos aplicar nuestros esfuerzos. Pero hasta ahora muchos millones de hombres han vivido y muerto sin vislumbrar la aurora de ese lejano día, y acaso antes de que llegue, tendrán que sucumbir en la impaciencia centenares de generaciones. El mundo progresa con una lentitud desesperante, y es todavía muy discutible que el proletariado moderno haya logrado ventajas positivas, que le hagan de más feliz condición que los antiguos esclavos.

Entretanto crece sin cesar el número de suicidios; resuenan por doquiera los gritos de desesperación, y nunca fué tan intenso como hasta ahora, entre los hombres que piensan, el hastío de vivir. No es ex-

traño, por consiguiente, que muchos se refugien á los pies de Cristo, que nos fortalece contra el dolor y nos permite vislumbrar la esperanza de otra vida en que triunfarán la verdad y la justicia.

Por mi parte, para recobrar íntegramente mi fe perdida, tal como la tuve en mi niñez, procuro renovar en mi alma el candor infantil, la sencillez de los pequeños; procuro imitarte á ti, pobre mujer postrada con tanto fervor en la iglesia medio desierta, ingenua cristiana, que me hiciste sentir el noble deseo de emularte.



X

Nochebuena Imperial

(1811)

Estamos en la Nochebuena de 1811. Napoleón trabaja, solo, en su despacho de las Tullerías. En la espaciosa estancia reina casi completa obscuridad, y entre las sombras relucen débilmente aquí y allá algunos objetos dorados, el marco de un cuadro invisible, las dos cabezas de león en que rematan los brazos de una butaca, los candelabros que adornan la chimenea, la borla de algún cortinaje. Sobre la mesa, las bujías, cubiertas con anchas pantallas, alumbran tan sólo un